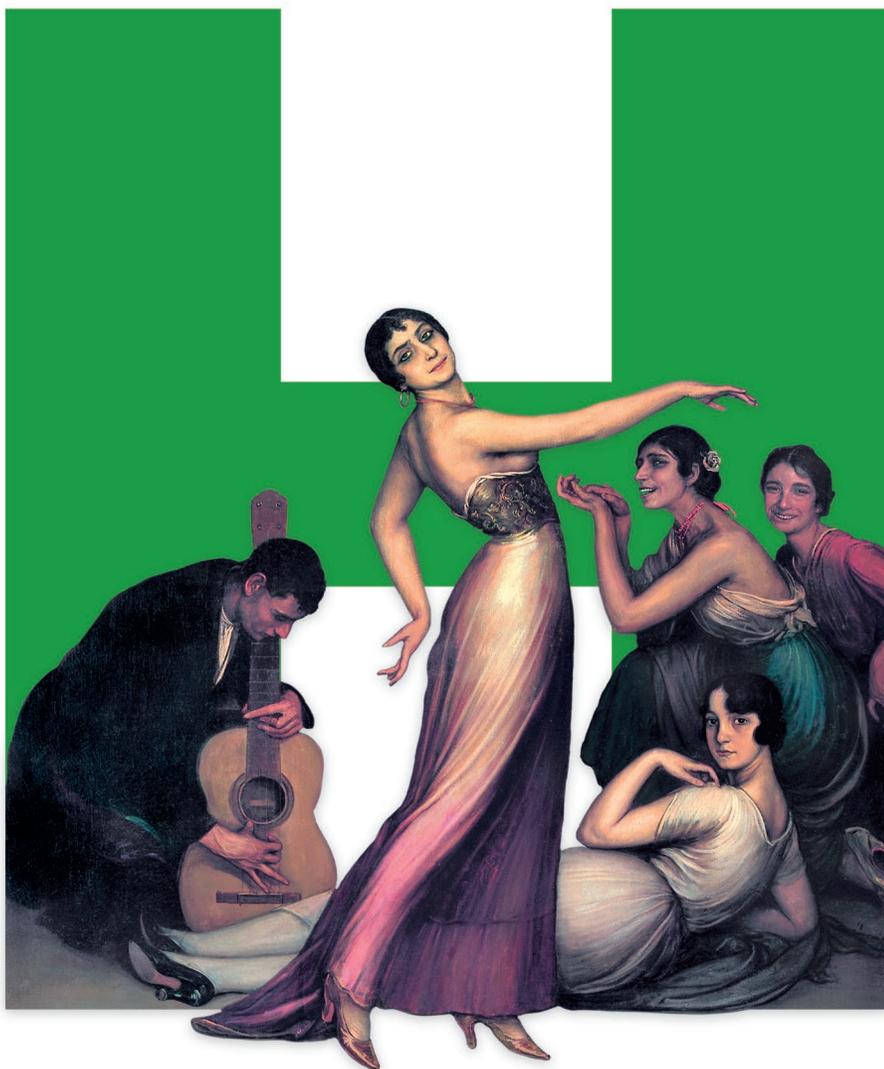


# Andalucía sublime

La imagen del Sur en la cultura española contemporánea

José Luis Venegas



JOSÉ LUIS VENEGAS

# ANDALUCÍA SUBLIME

**La imagen del Sur en la cultura  
española contemporánea**

Marcial Pons Historia  
2024

Título original: *The Sublime South. Andalusia, Orientalism, and the Making of Modern Spain*  
by José Luis Venegas. Copyright © 2018 by Northwestern University Press. Published 2018.  
All rights reserved.

Ilustración de cubierta: detalle de la obra de Julio Romero de Torres, *Alegrías*, 1917. Museo Julio Romero de Torres, Córdoba.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© José Luis Venegas  
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
San Sotero, 6 - 28037 Madrid  
☎ 91 304 33 03  
[edicioneshistoria@marcialpons.es](mailto:edicioneshistoria@marcialpons.es)  
ISBN: 978-84-19892-12-6  
Depósito legal: M 23402-2024  
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico  
Maquetación: Francisco Javier Rodríguez Albite  
Impresión: Safekat, S. L.  
Madrid, 2024

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS .....	11
INTRODUCCIÓN. EL BUCLE ORIENTALISTA .....	13
Sublimidad andaluza .....	16
El orientalismo en España.....	27
Andalucía ante el desafío de la modernidad .....	34
Resumen de capítulos.....	40
CAPÍTULO 1. EL ORIENTE INTERNO.....	45
Arabismo y africanismo.....	48
Orientalismo andalucista.....	52
Política y flamenco .....	61
Marruecos andaluz .....	70
CAPÍTULO 2. CULTURA Y MODERNIDAD DESDE EL SUR (1898-1936).....	83
Contra Andalucía .....	86
Quijotismo y donjuanismo .....	91
La España castellana y sus instituciones.....	96
El paradigma orteguiano.....	106
El sur responde.....	112
El andaluz universal .....	114
Modernidad exótica .....	122
Coda divagante.....	134

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 3. ANDALUCÍA Y FRANQUISMO.....	139
Pantallas de humo .....	145
Carmen y el Caudillo.....	150
Meditaciones andaluzas .....	161
<i>Spain is different! (and yet the same)</i> .....	166
Orientando y des-orientando.....	172
Territorio en disputa.....	179
 CAPÍTULO 4. AUTONOMISMO ANDALUZ: LA PERSISTEN- CIA DEL MITO .....	 195
Televisión étnica .....	206
Exhibicionismo cultural.....	215
Una autonomía de museo.....	229
 EPÍLOGO. ROMPIENDO EL HECHIZO IDENTITARIO.....	 241
 NOTAS.....	 255
 BIBLIOGRAFÍA .....	 271
Archivos .....	271
Periódicos y revistas .....	271
Artículos y monografías .....	272
Filmografía.....	296
 ÍNDICE DE ILUSTRACIONES .....	 297
 ÍNDICE DE MATERIAS.....	 299

## INTRODUCCIÓN

# EL BUCLE ORIENTALISTA

En una fresca mañana primaveral de mediados de los años noventa, Antonio Gala pronunció un memorable discurso ante un grupo de bulliciosos estudiantes y pacientes profesores reunidos en el patio del instituto de enseñanza secundaria de Palma del Río (Córdoba). El centro, que aún lleva el nombre del ilustre escritor, celebraba su primer cuarto de siglo. Recuerdo haber escuchado la charla conmemorativa con una mezcla de satisfacción y escepticismo. Gala reiteraba que nosotros, los andaluces del futuro que en pocos años entraríamos en la mayoría de edad, éramos los herederos de una rica tradición cultural que se remontaba a al-Ándalus. Mientras catalanes, vascos y gallegos enarbolaban sus lenguas como rasgo distintivo, nosotros debíamos sentirnos orgullosos del legado andalusí presente en nuestra arquitectura, gastronomía, carácter e incluso en nuestra peculiar habla. Las palabras de Gala resonaron con gran fuerza y convicción, evocando el patriotismo regionalista que, a partir de la transición democrática, se extendió inexorablemente por todos los rincones de la península<sup>1</sup>. Se nos instaba a sentirnos más andaluces que nunca y a comprender esa convicción como el fundamento de nuestro futuro individual y colectivo.

El mito de la Andalucía musulmana, que Gala desplegó ante mí y mis compañeros como el estandarte de un nuevo nacionalismo doméstico, comenzó a tejerse casi dos siglos atrás en las páginas de escritores románticos como Théophile Gautier o lord Byron, que imaginaron la región como un Oriente exótico y onírico, retrasado y arcaico, pero inmune a los efectos alienantes de la industrialización y la vida urbana, que ya se extendían por el norte de Europa. A tra-

vés de un complejo y a veces contradictorio proceso de identificación y rechazo, los mismos españoles comenzaron a percibir esta imagen orientalizada o bien como el cimiento de su identidad patria o bien como un atributo deshonoroso, indigno de una nación europea. El pasado andalusí, teñido de fantasías románticas, sirvió de inspiración para la arquitectura neomudéjar de los pabellones españoles en las exposiciones universales del siglo XIX, pero también ha sido objeto de menosprecio por parte de influyentes historiadores contemporáneos, tanto conservadores como liberales, entre ellos Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez-Albornoz, quien llegó a afirmar que «sin el Islam, España habría seguido los mismos derroteros que Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, y a juzgar por lo que, a pesar del Islam, hemos hecho a través de los siglos, acaso hubiéramos marchado a su cabeza»<sup>2</sup>. El legado de al-Ándalus, reflejo y proyección de la nación más allá de sus fronteras, pero también supuesto obstáculo para la plena integración en Europa, ha moldeado un «bucle de Moebius» en el que, según explica Susan Martin-Márquez en su obra *Desorientaciones* (2011), España se revela como un país a la vez orientalizado y orientalizante, tanto objeto como fuente de fantasías y estereotipos donde lo exótico y misterioso son el envés del prejuicio y la marginación<sup>3</sup>.

Este libro examina los vínculos entre España y su percepción orientalista, desplazando el enfoque de Martín-Márquez desde el colonialismo español en África, su tema de estudio, hacia Andalucía, una región que se ha debatido entre la inclusión y la exclusión de la imagen nacional desde los albores del siglo XIX, cuando los españoles comenzaron a concebirse como pueblo y nación moderna, hasta bien entrado el siglo XXI, con la aparente consolidación del modelo autonómico. Igual que un bucle que, al carecer de un interior y un exterior claramente definidos, se entrelaza de manera continua consigo mismo, el nacionalismo español, estrechamente ligado a las narrativas orientalistas, ha orientalizado asimismo a Andalucía, creando una continuidad entre lo propio y lo ajeno, lo autóctono y lo foráneo, lo anhelado y lo rechazado. Este bucle se ha desplegado tanto en la alta cultura como en la de masas; en la poesía vanguardista y los debates filosóficos más sofisticados, así como en el cine, el folclore musical y la televisión. Se manifiesta en los escritos de José Ortega y Gasset tanto como en las coplas y películas de Lola Flores. Lo hallamos en el verso depurado de Juan Ramón Jiménez y en la arquitectura *kitsch* del pabellón de Andalucía en la Expo'92, en galerías de

arte y en programas de máxima audiencia como *Andalucía Directo*. En esta vertiginosa espiral de poetas y pabellones, filósofos y folclóricas, museos y medios de comunicación, un gesto se repite sin cesar: la designación de Andalucía como un territorio que, de manera simultánea y contradictoria, representa el núcleo simbólico de lo español y su reverso exótico.

Esta ambivalencia desafía los principios que caracterizan tanto al nacionalismo español como a los nacionalismos periféricos que, desde el siglo XIX, han buscado establecer la singularidad identitaria, la exclusividad cultural e incluso la independencia política. A pesar de sus discrepancias, el centro y las periferias sostienen y defienden una conexión inquebrantable entre lengua, historia, cultura y territorio. Sin el gallego, el vasco, el catalán y el castellano no podrían concebirse sus nacionalismos correspondientes, ni tampoco sus fronteras y mitologías. Parafraseando a Elio Antonio de Nebrija, podríamos afirmar que la lengua ha sido siempre compañera del nacionalismo, o, más precisamente, que los nacionalismos siempre han aprovechado la lengua como un medio privilegiado para consolidarse. Aunque es innegable que la comunicación verbal en la lengua materna genera fuertes lazos afectivos y sociales, cabe preguntarse si estos lazos siempre han de conducir a la creación de identidades homogéneas y excluyentes. Al explorar el nacionalismo español desde la perspectiva andaluza, nos damos cuenta de que esa unión entre lengua e identidad, así como las relaciones antitéticas que con frecuencia se derivan de ella son difíciles de sostener. El andaluz es una variedad regional del español, así como Andalucía no puede concebirse como entidad independiente de España. Los «hechos diferenciales» andaluces han podido justificar la devolución de competencias políticas en el presente autonómico e incluso pergeñar la categoría de «nacionalidad» para la región, pero difícilmente podrán producir réplicas de los modelos independentistas vasco y catalán. A pesar de haber evocado los estereotipos más degradantes del españolismo, Andalucía ha permanecido en una especie de limbo, revelando fisuras e incongruencias en la imagen nacional, en lugar de erigirse como una alternativa antagónica.

Aunque estas cuestiones teóricas entran en el debate acerca del origen, desarrollo y significado del nacionalismo español, su explicación en este libro parte de motivaciones de índole personal. Al adentrarme en el análisis de mis propias señas de identidad como andaluz, busco establecer lo que Edward Said denomina, en su obra *Orientalismo* (1978), la «localización estratégica» o posición que un autor

asume «con respecto al material oriental sobre el que escribe». Todo escritor que se aventura en un territorio orientalizado, según Said, debe lidiar con la cuestión de «cómo abarcarlo, cómo aproximarse a él, cómo evitar ser vencido o aplastado por su sublimidad», esa poderosa fascinación que ejerce sobre aquellos que deben ser sus observadores racionales y distantes<sup>4</sup>. En contraste con los escritores europeos que Said examina, no es mi intención esquivar ni eludir esta sublimidad, sino más bien sentir su pulso en el repositorio cultural que moldeó mi formación tanto afectiva como intelectual. La sublimidad suscita desorientación y aturdimiento. Incita, según lo expresó Immanuel Kant, «al disfrute, pero combinado con horror», a ese tipo de asombro y desconcierto que sobreviene cuando se abrazan las contradicciones<sup>5</sup>. Al trazar desde esta posición la evolución histórica de la imagen de Andalucía, no busco someter la razón a la emoción, sino encontrar una posición hermenéutica que transite entre la distancia crítica y el sentimentalismo, entre la contemplación objetiva y la implicación emocional. Antonio Gramsci, en *Cuadernos de la cárcel*, un texto que Said también menciona, escribió que el «punto de partida de cualquier elaboración crítica es la toma de conciencia de lo que uno realmente es; es decir, la premisa “conócete a ti mismo” en tanto que producto de un proceso histórico concreto que ha dejado en ti infinidad de huellas sin, a la vez, dejar un inventario de ellas». Gramsci añadió que, por tanto, «es un imperativo comenzar por recopilar ese inventario»<sup>6</sup>. Es precisamente a este imperativo al que responde *Andalucía sublime*.

## Sublimidad andaluza

Desde fines de los años sesenta hasta principios de los ochenta, una época que coincidió con la proclamación de la autonomía política de Andalucía, un sinfín de historiadores, antropólogos, economistas, sociólogos y lingüistas se entregaron a la tarea de definir y catalogar los rasgos distintivos de la región<sup>7</sup>. Esta avalancha de conocimiento pronto encontró su lugar en el ámbito educativo, en materiales didácticos, libros de texto y actividades extracurriculares. De pequeño aguardaba con entusiasmo el Día de Andalucía, que conmemora cada año el referéndum del 28 de febrero de 1980 que ratificó la iniciativa autonómica. En los días previos a la festividad, me dedi-

caba a memorizar el himno compuesto en los años treinta por Blas Infante, confeccionar manualidades en los colores blanco y verde de la bandera, y, cuando entré en cursos más avanzados, escribir redacciones acerca de ilustres artistas andaluces como Manuel de Falla, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Rafael Alberti. Estas actividades avivaban mi orgullo andaluz, pero no eliminaban ciertas dudas y recelos: ¿por qué el himno exhortaba a los andaluces a demandar «tierra y libertad» a pesar de que vivíamos en una sociedad democrática y moderna, plenamente integrada en Europa? ¿A qué tierra se refería? ¿Y a qué libertad? ¿De quién o de qué? Si la dominación musulmana de la península ibérica había engendrado la edad de oro de Andalucía, como nos informó Gala, ¿por qué algunos libros de texto sostenían que el origen de la nación española coincidía con la Reconquista cristiana de al-Ándalus? ¿Con quién debíamos identificarnos entonces? ¿Con Abd al-Rahman y sus descendientes o con el Cid? ¿Con Boabdil o con Isabel la Católica?

Fuera de las aulas, mi educación sentimental como andaluz alcanzó un hito inolvidable el 28 de febrero de 1989, cuando se iniciaron las transmisiones regulares de la televisión pública andaluza. La pantalla en blanco que había ocupado un canal sin señal hasta el día anterior fue reemplazada por Canal Sur TV, y con él llegó un torrente de palabras pronunciadas en el acento que identificaba como propio, que hasta entonces raramente se escuchaba en la programación estatal. Durante el franquismo, el español andaluz se había asociado principalmente con populares largometrajes protagonizados por bandoleros, toreros y bailaoras, que se desenvolvían en un contexto marcadamente folclórico. Ahora las noticias de las dos se presentaban con acento sevillano y los actores y actrices de los programas del nuevo canal autonómico no intentaban ocultar su dicción meridional.

Esta transformación sociolingüística había comenzado con la transición democrática a finales de los setenta. En 1980, el diario *ABC* declaraba que hablar con acento andaluz frente a «micrófonos y cámaras» ya no era «infamante ni propio de gente inculta», sino motivo de «orgullo»<sup>8</sup>. El editorial capturaba el sentimiento de los miles de manifestantes que habían abarrotado las calles de Sevilla en diciembre de 1977 para exigir la autonomía política. En esa ocasión, el sevillano Alfonso Guerra, que ocupaba el cargo de secretario de organización del PSOE, se dirigió a la multitud desde el balcón del ayuntamiento junto con otras autoridades. Cuando la gente notó su falso acento castellano, la repuesta fue un unánime coro de: «¡Que

hable en andaluz! ¡Que hable en andaluz!». Visiblemente avergonzado, Guerra obedeció de inmediato<sup>9</sup>. Como vicepresidente del Gobierno (1982-1991) bajo la presidencia de otro sevillano, Felipe González, Guerra no volvió a disimular su habla en público. El español andaluz se había convertido en la lengua de los presupuestos generales del Estado, así como de las medidas de política social y económica, no solo del flamenco y el toreo.

La Exposición Universal de 1992 celebrada en Sevilla representó un punto de inflexión en la consolidación de esta nueva imagen a nivel internacional. Durante unos meses, la capital andaluza se transformó en el escaparate deslumbrante de una nación ansiosa por reafirmarse en el seno de la Unión Europea, alejándose así de las alargadas sombras de casi cuatro décadas de dictadura. Los edificios futuristas que se alzaban majestuosos en la isla de la Cartuja, junto con los espectáculos multimedia y los eventos culturales vanguardistas de frecuencia diaria, reiteraban ante los ojos de miles de visitantes que España era una nación moderna, avanzada y democrática, a la misma altura que sus vecinas del norte. En esta metamorfosis, Andalucía ocupó un lugar preponderante. Bajo el lema «Andalucía, tradición y cambio», el pabellón regional desplegó imágenes de ferias y romerías en armonía con avances tecnológicos, como un avión ultraligero de fibra de carbono construido en la localidad sevillana de La Rinconada o un generador de energía eólica de Tarifa. La exposición atrajo a cuarenta y dos millones de visitantes de todo el mundo, incluyendo decenas de jefes de Estado, testigos privilegiados de la escenificación del cambio de piel de España y su región meridional, que parecían liberarse definitivamente de sus connotaciones exóticas y románticas.

Esta transformación simbólica se desveló ante mí años después de la Expo'92, cuando, en mi etapa de estudiante, crucé por primera vez la portada principal del rectorado de la Universidad de Sevilla, situado en el emblemático edificio que había albergado la Real Fábrica de Tabacos inmortalizada por Prosper Mérimée en *Carmen*. Las tres banderas que ondeaban en la fachada bajo la monumental estatua de la Fama —Andalucía, España y Unión Europea— establecían una conexión entre el edificio y la institución y una región y una nación completamente europeas (es decir, modernas). Las palabras extranjeras de los estudiantes de intercambio que retumbaban en sus patios, escaleras y aulas daban testimonio diario de la internacionalización de una ciudad que hasta hace poco había estado marcada por el carácter primitivo y oriental de Carmen la cigarrera. Los materiales in-

formativos, incluso aquellos dirigidos a estudiantes de ciencias sociales o humanidades, recalcaban el compromiso de la universidad con el fomento y el desarrollo de la innovación científica y tecnológica, proyectando una imagen institucional que coincidía plenamente con la nueva mitología nacional en la que la modernidad y Andalucía dejaron de ser términos antitéticos.

Sin embargo, las imágenes y representaciones que se buscaban depurar, o al menos someter a esta deslumbrante retórica de renovación y progreso, persistían en ferias, romerías y verbenas locales, así como en los medios de comunicación. A partir de 1995, Televisión Española inició la emisión de *Cine de barrio*, un popular programa que presentaba y comentaba películas españolas de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, introduciendo cada film con un anuncio original del NO-DO correspondiente al año de su producción. A menudo situadas en el sur de España, las películas que veía los sábados por la tarde junto con mi madre me transportaban a un país que pasaba de ser un paraíso rural en blanco y negro habitado por alegres bailaoras a un paraíso turístico en color donde los donjuanes ibéricos perseguían y seducían a esculturales rubias nórdicas. Este pasado, repleto de clichés populacheros y turísticos, parecía incompatible con los mensajes de modernización y europeización que inundaban el discurso público. Las alegres comedias de *Cine de barrio* me causaban más perplejidad que nostalgia, ya que recreaban un tiempo pretérito que aún se hacía sentir, pero que resultaba anacrónico y difícil de conciliar con el presente y el porvenir que nos prometían.

Este estado de confusión también encontraba eco en el título del libro de Antonio Burgos, *Andalucía, ¿tercer mundo?* (1972), que veía escrito en letras amarillas sobre el lomo azul en la modesta biblioteca de mi abuelo, colocado, quizás estratégicamente, entre *Raíces*, de Alex Haley, y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Cuando finalmente decidí leerlo durante mi último año universitario, me encontré con la perturbadora historia de subdesarrollo que inspiró a Infante a pedir «tierra y libertad» en el himno regional. Como lector de finales del siglo XX, respondí a la pregunta que Burgos formulaba en su título con otra pregunta: ¿Qué es verdaderamente Andalucía en la actualidad? ¿Un enclave tercermundista, una tierra de arcaicos rituales y tradiciones, un espacio de recreo para turistas ávidos de sol o una comunidad moderna integrada en Europa? El lugar que debía arraigar mi identidad y fomentar un sentido de pertenencia a la comunidad se convertía inexorablemente en un enigma sin solución.